

idos con vuestro Don Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará, como seamos buenas; y yo no sé, por cierto, quién le puso á él *Don*, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos.—Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algun familiar en ese cuerpo. ¡Válate Dios, la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras, sin tener piés ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el cascajo, los broches, los refranes y el entono, con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha), si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta Doña Urraca, tenias razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos, te la chanto un *Don* y una *señoría* á cuestras, y te la saco de los rastros, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de mas almohadas de velludo que tuvieron moros en su linaje los *Almohades* de Marruecos, ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero?—¿Sabéis por qué, marido? respondió Teresa; por el refran que dice: *quien te cubre, te descubre*: por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles á montones como enjambres de abejas.—Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que ahora quiero decirte; quizá no lo habrás oido en todos los dias de tu vida; y yo ahora no hablo de mio, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo, el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con mas vehemencia que las cosas pasadas.” (Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho, son las segundas por quien dice el tradutor que tiene por apócrifo este capítulo, que exceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió, diciendo): “De donde nace que, cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna bajeza en que vimos á la tal persona, la cual ignominia, ahora sea de pobreza ó de linaje, como ya pasó, no es, y solo es lo que vemos presente: y si este á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza (que por estas mismas razones lo dijo el padre) á la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quién se acuerde de lo que fué, sino que reverencien lo que es, si no fueren los envidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura.—Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa; haced lo que quisiéredes, y no me quebreis mas la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y, si estais revuelto en hacer lo que decís.....—Resuelto has de decir, mujer, dijo Sancho, y no revuelto.—No os pongais

á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibujos; y digo que, si estais porfiando en tener gobierno, que lleveis con vos á vuestro hijo Sancho, para que desde ahora le enseñeis á tener gobierno; que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.—En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quién se los preste á los gobernadores, cuando no los tienen; y vístele de modo, que disimule lo que es y parezca lo que ha de ser.—Enviad vos dinero, dijo Teresa, que yo os lo vestiré como un palmito.—En efeto, quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que ha de ser condesa nuestra hija.—El dia que yo la viere condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagais lo que os diere gusto; que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes á sus maridos, aunque sean unos porros;” y en esto comenzó á llorar tan de veras como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló, diciéndole que, ya que la hubiese de hacer condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á Don Quijote, para dar órden en su partida.